

CUANDO EL RIO SUENA...

Xavier Moyssén L.

Hará cosa de dos o tres meses cuando nos enteramos, no sin cierta sorpresa y un tanto igual de envidia, que la ciudad de Guadalajara, Jalisco, era candidata a ser sede de una franquicia del la fundación Guggenheim. Sin embargo, más fue la sorpresa y la inquietud generada al volvernos a enterar, a principios de julio, que esa franquicia era del interés, también, de Nuevo León.

Entre una y otra nota, hay por lo menos un par de aspectos que vale la pena considerar. Por una parte hay una historia no escrita entre Jalisco y Nuevo León, o más concretamente, entre Guadalajara y Monterrey, historia que tiene que ver con qué ciudad ha de ocupar, en todos sentidos, el segundo lugar en el país y, por qué no, en alcanzar, dado el deterioro social y urbano de la capital, la supremacía nacional. En esta competencia, aparentemente, Guadalajara lleva la delantera y si de asuntos culturales, simbólicos, se trata, pareciera que ya todo está dicho. Guadalajara no sólo se fundó (1542) 54 años antes que Monterrey (1596), sino que muchas de sus costumbres y tradiciones son íconos nacionales, reconocidos, además, internacionalmente.

No es sólo el multicontaminado lago de Chapala, son también los bravíos Charros, el denominado de origen Tequila, la birría, las tortas ahogadas, el sonoro mariachi, la barranca de Oblatos, las Chivas Rayadas o el rebaño sagrado, Puerto Vallarta, la Minerva y el espectacular Hospicio Cabañas (por no mencionar su catedral e iniciar así otra polémica con Monterrey que sueña con una nueva). Son también los nombres de sus productores, José Clemente Orozco a la cabeza, Chucho Reyes Ferreira, Juan Soriano, Luis Barragán y hasta nuestro siempre apreciable y admirado Arq. Eduardo Padilla, padre, por sólo mencionar a los más conocidos, sin olvidar que fue gracias a la Universidad de Guadalajara que Mathias Goeritz llegó a nuestro país y que en el municipio de Zapopán, que forma parte de su área conurbada, se encuentra uno de los museos de arte municipales, el MAZ, llamado a ser modelo nacional.

Pero hete aquí que la señorial ciudad de Guadalajara se quedó dormida en sus laureles y a pesar de los muchos y muy apreciables esfuerzos que las autoridades estatales y locales hacen por reavivarla y transformarla en una ciudad moderna, de las simpatías que cosecha uno de sus más notorios empresarios, Jorge Vergara, y sus megalómanos proyectos, de la pujanza y entrega de su gente, la ciudad padece hoy en día una serie de problemas urbanos (vialidad, transporte, drenaje, vías de comunicación, etc), sociales (narcotráfico, secuestros, violencia urbana, corrupción, etc.) y culturales (entre otros, migración de una buena parte de sus productores a la ciudad de México o Monterrey), que hacen que los nuestros, sin dejar de ser graves, palidezcan frente a los suyos.

Ante esta situación, por supuesto que nada le vendría mejor que contar con una franquicia Guggenheim, lo que convertiría a la ciudad de Guadalajara, de la noche a la mañana, en el centro de atención no sólo nacional sino internacionalmente, mientras que a nosotros, con todo y nuestro Forum Internacional de las Culturas, Ciudad del Conocimiento, MARCO y demás gracias que poseemos, nos borrarían del mapa de un plumazo.

Ahora bien, y este es el segundo punto a tratar, nosotros no contamos con *esa* tradición que posee Guadalajara, ni tenemos esos nombres que la engalanan, pero sí contamos, por fortuna, con otras tradiciones y otros nombres, ni mejores ni peores, pero de que están ahí no hay duda y de que esto mismo que estoy pensando ya ha pasado por muchas otras cabezas, y que, precisamente, por tener otras tradiciones y otros nombres, casi estoy seguro de que se hará hasta lo imposible porque el panorama arriba descrito no llegue a suceder, o en otras palabras, que se buscará por todos los medios que la franquicia del Guggenheim, si ha de estar en México, sea en Monterrey donde se quede.

Creo que todos podemos coincidir en que la nota sobre el interés de Nuevo León en ser sede de un museo Guggenheim, es lo que se conoce vulgarmente como un borrego, un borrego, en este caso, muy mal intencionado (o bien intencionado según se quiera ver) con el que se buscaba un doble efecto: uno, sembrar la duda sobre la viabilidad de la ciudad de Guadalajara para llevar a cabo una empresa como esta (la cita a la salida de Vergara del proyecto sin duda es importante), efecto, por supuesto, sobre la misma gente de Jalisco, pero principalmente sobre los socios Guggenheim, que a pesar de estar al tanto de lo que sucede, no deja de ser incómodo que sus asuntos se empiecen a ventilar en la prensa nacional y local. Dos, empezar a calentar la cabeza, orgullo y bolsillo de los regiomontanos, aprovechar sus desmedida ambición por llegar a ser “como en las grandes capitales del mundo”, para hacer que los engranes del proyecto se vayan poniendo en marcha al convertir el asunto en tema de conversación. Si uno lee con cuidado y entre líneas las declaraciones hechas por todos los ahora involucrados, desde Mauricio Fernández, hasta Natividad González Parás, se podrá percibir la naturaleza de este borrego y lo mucho que, entre ellos, posiblemente ya se ha hablado.

Obviamente ni la última palabra está dicha, ni es asunto concluido, falta mucho por ver y más por hacer, pero entre las posibilidades reales de que contemos aquí con un Guggenheim y los borregos o no que ya circulan entre nosotros, me parece que la ciudad está más que lista –y además lo merece—para realizar proyectos de esta índole; podemos seguir enfrascados en la noña polémica cotidiana, o dar un paso cualitativamente significativo que nos ponga, de una buena vez, en el centro de la discusión a nivel internacional. Por lo pronto no olvidemos y mantengamos presente que si el río suena, es que agua lleva.

Julio, 2004

